¡No hagáis mi pena aumentar!
¡Dejadme solo con ella!

JULIÁN Vamos, sí. (A María.)
MARÍA (A don Julián por Fernando.)
¡Sufre!
(Don Julián indica a María la puerta lateral izquierda.)
FERNANDO (Dolor,
¿no acabas?)
PEDRO (A Fernando con desesperación.) ¡Abandonarte!
FERNANDO ¡Es preciso! (Con pena.)
PEDRO ¿Yo dejarte?
FERNANDO (Suplicando a don Pedro y a María.)
¡No hay remedio! ¡Por favor!
¡Ved que extremáis mi tortura
y mi vergüenza! ¿No veis
que así mi llanto acrecéis
y aumentáis mi desventura?
¡Dejadme solo, por Dios!
(Movimiento de interrupción en don Pedro.)
Mi cariño, no lo niego,
padre mío, pero luego.
PEDRO ¡Fernando!
FERNANDO ¡Es preciso! ¡Adiós!
(Don Pedro se dirige hacia la lateral izquierda, donde llegan don Julián y María, y desaparecen.)
¡Para siempre! ¡Ya no ceja
la suerte!... ¿Qué espero ya?...
¡Es el amor que se va!...
¡La esperanza que se aleja!...
¡La dicha que apetecí!...
¡Todo lo que mi alma adora!...
(Fernando contempla con angustia el sitio por donde han hecho mutis don Pedro, don Julián y María. Después se dirige a Carlota: ésta, que durante la escena ha permanecido en el diván con el rostro oculto en el pañuelo, se levanta y se dirige hacia Fernando.)
¡Y ahora, diga usted, señora,
qué es lo que exige de mí!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación en casa de Fernando, modestamente decorada. Puertas al fondo y lateral derecha; en el izquierdo una ventana. A ambos costados de la puerta del fondo, dos panoplias con armas: a la izquierda un diván: a la derecha y en el fondo, un caballete vacío; en primer término, una mesa y una silla.

ESCENA PRIMERA

CARLOTA y ENRIQUETA.

CARLOTA ¡Ay de mí!
ENRIQUET. No desesperes.
Ten ánimo y cobra fuerzas
que ni fué tuya la culpa,
ni parte llevas en ella.
CARLOTA ¡Sí, fué mía: mía sólo!...
que a no ser por mi presencia
en aquel sitio...
ENRIQUET. Sí, a él fuiste...
CARLOTA ¡Ojalá que nunca fuera!
¡Qué horrible noche... qué horrible
despertar... y qué funesta
vida, la que en sus designios
el porvenir me reserva!
Giran en vaivén confuso,
y se agolpan y atropellan
sobre mi abrasada frente,
los insultos, la vergüenza,
el dolor, las amarguras
de aquella espantosa escena,
que al aumentar en distancia
en desventuras aumenta.

ENRIQUET. ¡Carlota! (Tratando de consolarla.)
CARLOTA Nada me digas,
ni consolarme pretendas
con tus frases de cariño.
ENRIQUET. Pero advierte que aún resta
un recurso.
CARLOTA No: imposible
que mi mal remedio tenga.
Ya no existe lo que fué;
y al ver que flotan deshechas
las imágenes de entonces,
y que para siempre quedan
rotos de un golpe los lazos
que mi pasada existencia
formaron... vacilo, dudo,
y, de mil temores presa,
siento un vacío en el alma
que nada ni nadie llena.
ENRIQUET. ¿Pues y Fernando?
CARLOTA (Con tristeza.) ¡Fernando!
ENRIQUET. ¡Sí!... ¿No te ama?
CARLOTA Me respeta...
¡pero amarme!... En vano trata
de disimular la inmensa
pesadumbre que le causan
su dolor y mi presencia.
Inútilmente pretende
ocultármelo. Más terca
que su voluntad, su angustia
en sus ojos se refleja,
y algo de él, que en él existe,
sin que él mismo lo comprenda,
de su corazón se escapa
y hasta mi corazón llega,
para decir que Fernando
me aborrece o me desprecia.
ENRIQUET. ¿Aborrecerte?... ¡Imposible!
Despreciarte...
CARLOTA Desde aquella
tarde fatal y sombría,
ni una vez, ni una siquiera
me dijo madre. Sus labios

se resisten y se niegan
a pronunciar ese nombre;
y si a mi lado se acerca,
lo hace de amargura lleno,
como si al verme, en mí viera
no la madre, no la vida
por la que su vida alienta,
no la mujer que padece,
sino la imagen siniestra
de un obstáculo cruel
que sus venturas cercena.
ENRIQUET. Pero si te dió su amparo
en aquella hora funesta;
si por ti lo dejó todo,
¿qué dudas, ni qué recelas,
ni qué temes?
CARLOTA No recelo
de su cariño; estoy cierta
de que no me ama. Aquel día
¿no lo dijo?—«Protegerla,
es mi deber: la deshonra
compartiremos.»—En esas
palabras, todo el destino
de mi vida se refleja.
¡En el amor separados,
y unidos en la vergüenza!
ENRIQUET. ¿Y no lograste que al fin
tu dolor compadeciera?
CARLOTA ¡Cariño! ¿Cómo alcanzarlo?
Si mi mirada se encuentra
con la suya, su mirada
es inflexible y severa:
si me habla, es duro su acento:
si quiero hablarle, se aleja.
¡Todo inútil! ¡Invencible
muro entre los dos se eleva!
ENRIQUET. ¿Y soportas su desvío?
CARLOTA ¿Qué hacer?
ENRIQUET. Y tu hijo reniega
de tu afecto, y por tu afecto
te rechaza y te condena,
mientras Adolfo padece

por tu olvido y por tu ausencia.

CARLOTA ¡Adolfo!... ¡No, no pronuncies su nombre!

ENRIQUET. ¿También le entregas al desprecio?

CARLOTA ¡Adolfo!

ENRIQUET. Adolfo, que sufre por ti y desea consolar tu angustia, y quiere darte su apoyo, y anhela volver a verte.

CARLOTA ¿Qué dices? ¡Imposible! ¡Que no venga... que no venga nunca... nunca! ¡Oh, si Fernando le viera en esta casa!...

ENRIQUET. Ten calma: no vendrá a verte; no temas. Ya le dije que era inútil intentarlo, y su promesa tengo de que no vendría mientras yo se lo impidiera.

CARLOTA Pues impídeselo siempre, y dile que ya no queda amor para él en mi pecho.

ENRIQUET. (¡Más del que tú misma piensas!) Lo haré porque tú lo quieres.

CARLOTA (¡Adolfo!)

(Enriqueta hace un ademán de retirada hacia la puerta del fondo. Al llegar a ella se detiene.)

ENRIQUET. Alguno se acerca... ¿Será Fernando?

CARLOTA Si es él, conviene que no te vea, porque él aborrece cuanto mi pasado le recuerda. Por aquí. (Indicando a Enriqueta la puerta lateral de la derecha.)

ENRIQUE (¿Con qué aborrece lo que fué?... ¡Yo haré que venga

a su encuentro ese pasado!)

(Entra por la puerta lateral derecha al mismo tiempo que aparece don Pedro en la del fondo.)

ESCENA II

DON PEDRO y CARLOTA.

PEDRO (Saliendo.) ¡He de verle! (Carlota ve a don Pedro, al mismo tiempo que éste levanta la cabeza y la reconoce.)

CARLOTA (¡Don Pedro!)

PEDRO (¡Ella!)

(Don Pedro se dirige hacia Carlota.)

CARLOTA ¿Usted?

PEDRO Yo, que hablarla exijo, pues la ocasión se presenta, y vengo a pedirle cuenta de la ventura de mi hijo.

CARLOTA (Con extrañeza.) ¿Su hijo de usted?

PEDRO Que perdida ví su dicha: que no alcanza un vislumbre de esperanza en las sombras de su vida, y ve por tierra rodar su ventura y su renombre.

CARLOTA El hijo mío...

PEDRO Ese nombre no lo debe usted usar.

CARLOTA ¿Por qué no?

PEDRO Porque ganarlo no supo.

CARLOTA ¿Qué?

PEDRO Lo sostengo: ¡no supo! Yo sólo tengo razón para reclamarlo.

CARLOTA ¿Y tal dice?

PEDRO ¿En su provecho, qué derecho puede haber?

CARLOTA ¡El de haberle dado el ser!

PEDRO ¿Y ese es bastante derecho?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CARLOTA ¡Mayor no existe!
PEDRO ¿Que no?
Sí existe, y en él confío.
CARLOTA ¡Ninguno que llegue al mío!
PEDRO ¡El que puedo alegar yo!
CARLOTA ¿Usted?
PEDRO Yo, que su inocencia
he defendido y guardado:
yo, que amparo le ofrecí,
y mi ayuda le presté,
que con sus risas gocé,
y con su llanto gemí...
¡Soy su padre, y son sus penas
mías! (Movimiento negativo de Carlota.)
¡Su padre, Carlota!
Que si no corre una gota
de mi sangre por sus venas,
con mi amor, con mis cuidados,
hice a su dicha leal
correr por su alma un raudal
de sentimientos honrados;
y al labrar su entendimiento,
le di la mejor presea
que tiene el hombre: ¡la idea!
¡la sangre del pensamiento!
Eso hice yo: ¿Y usted qué hizo?
CARLOTA ¡Darle vida!
PEDRO ¡Sin querer,
porque al dársela, un placer
y un deseo satisfizo!
Y si turbó su conciencia
entonces algún dolor,
eso dolor fué, ¡el temor
de dar a un ser la existencia!
CARLOTA ¿Y nada es la desventura
de la falta cometida?
¿Nada es la fama perdida?
¿Nada ver con amargura
y con espanto infinito,
que el hijo nos graba luego
con una marca de fuego
sobre la carne el delito?

¿No es nada, nada, ocultarse
de las gentes, y llorar
y estar sola y no encontrar
sitio donde refugiarse
de las mundanales sañas?
¿Nada sufrir esa prueba
por el hijo que se lleva
escondido en las entrañas?
¿Nada es eso, para que hoy
usted me venga insultando,
porque al hablar de Fernando
el nombre de hijo le doy?
PEDRO ¡Sufrir!
CARLOTA ¡Horrible agonía
que nada ni nadie agota!
PEDRO Respóndame usted, Carlota:
Esa angustia que sufría,
esa terrible ansiedad,
ese tormento cruel,
¿eran por usté o por él?
CARLOTA ¿Qué dice usted?
PEDRO La verdad.
¿Eran sus tormentos miedo
por aquel ser inocente,
o miedo de que la gente,
marcándola con el dedo,
gritase con voz henchida
de rencores y desdén:
—«Aquella, miradla bien,
es una mujer perdida!»—
A través de su dolor,
¿qué sentimientos se alzaba
para el hijo que llevaba
en el seno, odio o amor?
CARLOTA ¡Amor!
PEDRO ¿Y ninguna vez
cayó su odio por entero
sobre el mundo pregonero
de su perdida honradez?
CARLOTA ¡Nunca!
PEDRO ¿Nunca? Cuando así
sufrió usted, ¿el sufrimiento

fué por Fernando? ¿El tormento
era por Fernando?

CARLOTA — ¡Sí!

¿Por quién iba a sufrir yo?

PEDRO — Siendo su amor tan profundo,
¿por qué cuando vino al mundo
a la calle lo arrojó?

CARLOTA — ¡Don Pedro!...

PEDRO — ¡No halla disculpa
esa acción! Si usted le amaba,
¿por qué de sí le apartaba?
¿por vergüenza de la culpa?
(Ademán afirmativo de Carlota.)
¡Pues entonces, su ansiedad,
su pena... eran solamente
odio para la inocente
prueba de su liviandad!
No era amor lo que sentía:
no era maternal exceso:
¡era angustia por el peso
que la ahogaba y la oprimía!

CARLOTA — ¡No! (Como si tratase de defenderse.)

PEDRO — ¡Fernando vino a ser
para usted carga pesada
que al terminar la jornada
se abandona con placer!
¿Dónde cae? ¿Quién lo recuerda
si a gusto no lo soporta?
¡Lo arroja al suelo! ¿Qué importa
que se rompa o que se pierda?

CARLOTA — ¿Y si no fuí yo, quien tuvo
la culpa?

PEDRO — ¿Que no? ¿Pues quién?

CARLOTA — En nadie encontré sostén
ni apoyo.

PEDRO — No la sostuvo
su amor de madre, y calló,
y se hizo del mundo esclava.
Entonces usted no amaba
al hijo que abandonó.

CARLOTA — ¡Sí le amaba!

PEDRO — Y si verdad

es su cariño, ¿por qué
en busca de su hijo fué?
¿Por qué no tuvo piedad
de su dolor? ¿No sabía
usted que sólo amarguras
y afrentas y desventuras
para Fernando traía
su presencia?

CARLOTA — Yo no fuí
la causante; fué aquel hombre
que pronunciaba mi nombre.
A su imprudencia, no a mí;
a su furia, no a mi amor,
debiera usted pedir cuenta
de la afrenta, si hubo afrenta;
del dolor, si hubo dolor.

PEDRO — Si de Fernando es cruel
la suerte, ¿quién se la ofrece?
Usted, por quien él padece.

CARLOTA — También yo sufro por él.
Por él a solas devoro
la angustia que me envenena.
Por él es toda mi pena
y por sus desdenes lloro,
esperando que algún día
me otorgue su corazón
el cariño y el perdón
que mi corazón ansía.
¡Soy su madre! Es mi deber
darle el amor que mi pecho
guarda para él. Mi derecho
su protección obtener.
Y usted negarme no puede,
en su afán y en su violencia,
lo que la propia existencia
de Fernando me concede.

PEDRO — Y el nombre en que usted buscando
va un amparo y un sostén,
¿se lo concede también
el cariño de Fernando?

ESCENA III

DON PEDRO, CARLOTA y FERNANDO, por el fondo.

CARLOTA ¿Su afecto?... (Con pena.)
PEDRO ¡Sí!
(Dirigiéndose hacia la puerta del fondo.)
¡Pero él viene!
CARLOTA ¡Fernando! (Con temor.)
PEDRO ¡Sí! ¿A qué dudar?
Vaya usted a reclamar
su afecto. ¿Qué la detiene?
CARLOTA ¡Oh, nunca!
PEDRO (Bajo a Carlota.) ¡Nunca!... ¿Por qué
ese espanto, ese temor
en su presencia? El amor
no teme.
CARLOTA ¡No! ¡No pódré
hablarle!
(En voz baja y como avergonzada. Aparece Fernando en la puerta del fondo como distraído y sin fijar la atención en don Pedro y Carlota.)
PEDRO Pues bien, yo sí.
¡Fernando!
FERNANDO ¿Qué?
(Ve a don Pedro y se dirige a él sin parar la atención en Carlota.) ¡Padre mío!
(Arrojándose en brazos de don Pedro.)
CARLOTA (Para él amor... y desvío
y desprecio para mí.) (Se va por la derecha.)

ESCENA IV

FERNANDO y DON PEDRO.

PEDRO ¡Se aleja!
FERNANDO ¡Pobre mujer!
PEDRO ¡Ella!
FERNANDO ¡Sí!
PEDRO En tu corazón
¿qué hay para ella?
FERNANDO Compasión;
lo único que puede haber.

PEDRO ¿Y para mí?
FERNANDO Padre mío,
de usted es mi vida entera;
que la pida y que la quiera
es lo único que yo ansío.
PEDRO Entonces, ¿por qué a mi lado
no estás? ¿Por qué huyes de mí?
¿Por qué me rechazas?... Dí.
¿Por qué me has abandonado?
FERNANDO ¡Abandonarle mi amor!
PEDRO ¿Por qué sin tu amor me dejas
y de mis brazos te alejas?
FERNANDO Porque es preciso, señor;
porque nada puedo hacer,
que a ello mi suerte se opone;
porque el mundo me lo impone,
porque tal es mi deber.
PEDRO ¿Tu deber?
FERNANDO Sí, que me llama
mi madre y la he de amparar,
y no la puedo negar
el apoyo que reclama,
aunque antes ella me diera
al olvido y al desdén.
PEDRO ¡Eso imaginas! ¿Y quién
tal sacrificio pudiera
exigirte? No hay rigor
social, ni ley, ni derecho,
que pueda tocar tu pecho
para arrancarle mi amor.
FERNANDO Su amor nunca; pero hay uno
que me aparta de sus brazos
y hace girones los lazos
que nos unían.
PEDRO ¡Ninguno!
¿Cómo es posible, si yo
lo soy todo para ti?
FERNANDO ¡Ah, padre, para mí sí;
pero para el mundo no!
PEDRO ¿Y hemos de dar al olvido
por el mundo nuestro bien?
FERNANDO Sí.

PEDRO Nuestra dicha...
FERNANDO También.
El destino lo ha querido,
que cuando encuentra ocasión
de herir, es firme y certero,
y siempre clava su acero
en medio del corazón,
sin que el hombre detener
pueda su furia, que al cabo
es su víctima, su esclavo,
y ya nada puede hacer
más que sufrir su condena
y avanzar en su camino,
galeote del destino
amarrado a su cadena.
PEDRO Nosotros le venceremos.
FERNANDO ¡Vencerle!
PEDRO Sí, yo confío
en vencerle.
FERNANDO Padre mío,
imposible; no podemos.
A sus caprichos me inmolo,
y sufro su crueldad
y arrostro la soledad
que me ofrece.
PEDRO No estás solo;
no es tan amarga y cruel
tu desventura.
FERNANDO Señor...
¡que no estoy solo! (Con angustia.)
PEDRO ¿Y mi amor?...
¿no es tuyo?
FERNANDO ¡Me apartan de él!
PEDRO ¿Y tu gloria?
FERNANDO ¡Triste gloria
la mía! que ella acrecienta
mi desconsuelo y mi afrenta,
mezclando mi horrible historia
a los lauros que conquista
mi fama: uniendo mi nombre
deshonrado, a mi renombre
y a mi inspiración de artista!

PEDRO ¿Y María?
FERNANDO ¿Qué?
PEDRO Su amor...
FERNANDO ¡De nada sirve su afán,
que para impedirlo están
su padre, el mundo y mi honor!
PEDRO ¡No, hijo mío, no: tus males
trocar en dichas espero!
FERNANDO ¡La dicha!... ¡Soy prisionero
de los mandatos sociales!
Y así como castigaba
el teológico azote
del antiguo sacerdote
a los hombres que juzgaba,
mandando que pronto y luego
todos cuantos encontrasen
al réprobo, le negasen
pan, abrigo, hogar y fuego...
así también la fatal
e impura sacerdotisa
que hoy sostiene la divisa
del egoísmo social,
con su estúpida censura,
hará que me nieguen todos
por estos o aquellos modos,
honra, cariño, ventura,
fe, consuelo, estimación!...
Afectos que son hoy día
el fuego de mi alegría,
y el pan de mi corazón.
PEDRO ¡Imposible! Habrá manera
de vencer, y venceremos,
y del mundo triunfaremos
a pesar suyo, que fuera
en nosotros cobardía
ceder ante la pasión
bastarda de una opinión
tan injusta como impía.
Tú que eres noble y honrado,
no puedes ser responsable
de tu suerte, ni culpable
ante el mundo; y escudado

por la razón que te asiste,
verás tu angustia calmada.
¡El destino, el mundo, nada
a la razón se resiste,
y conmigo has de venir
y yo lucharé contigo!

FERNANDO ¡Inútil todo!

PEDRO Te digo
que el triunfo has de conseguir.
¡No llorar tu desventura,
consolarla es lo que quiero!

FERNANDO Consolarla, ¿cómo?

PEDRO ¡Espero
dar término a tu amargura!
Contra ella hay remedio, sí,
y yo lo quiero buscar,
y juntos lo hemos de hallar,
Fernando, pero no aquí.

FERNANDO ¿Y dónde?

PEDRO ¡Donde tu anhelo
y tu angustia han de calmarse!
donde pueden olvidarse
tus afrentas y tu duelo;
donde oculten el dolor
las pasadas alegrías:
¡donde corrieron los días
de tu infancia y de mi amor!

FERNANDO ¡Es imposible!

PEDRO ¿Te opones
a seguirme?

FERNANDO ¡Padre mío,
no; pero en nada confío,
que mis yertas ilusiones
aquí tendrán que volver
destrozadas y deshechas!

PEDRO No: volverán satisfechas,
porque yo no he de ceder,
y de Julián a despecho
y de todo el mundo enfrente,
¡de todo!... ¡yo haré patente
tu razón y tu derecho!

(Se dirigen hacia el fondo, Fernando en actitud indiferente.)

¡Ten esperanza!

FERNANDO ¡Ninguna!
¡Necesitaba esta vez,
algo menos de honradez,
y un poco más de fortuna!

(Salen por el fondo don Pedro y Fernando.)

ESCENA V

CARLOTA y ENRIQUETA.

Apenas salen don Pedro y Fernando, aparecen por la puerta lateral derecha Carlota y Enriqueta.

ENRIQUET. Ya lo oiste.

CARLOTA (Con tristeza.) ¡Ya le oí!

ENRIQUET. Sin dolerse de tu pena,
te desprecia, te condena
y te rechaza.

CARLOTA ¡Ay de mí,
Enriqueta! (Se deja caer sobre el diván.)

ENRIQUET. ¿Y sufrirás
su desvío y su rencor?
¿Y a quien te ofende, tu amor
y tu cariño darás?

CARLOTA ¡Qué destino tan cruel!
¡Qué dolorosa existencia!
¡Compasión... indiferencia!...

ENRIQUET. ¡Carlota!...

CARLOTA ¿Qué soy para él?...
¡Nada!

ENRIQUET. ¿Y has de consentir
en ello? ¿Y no has de impedir
que suceda?

CARLOTA ¡Es mi destino!
¿No lo dijo él? Al juntarnos,
la suerte obró de tal modo,
que ya es imposible todo
lo que intente separarnos!
¡Nada rompe este sombrío
lazo que nos encadena!

ENRIQUET. ¿Te resignas a tu pena?
CARLOTA ¿Y qué puedo hacer?... ¡Dios mío!
(Se oculta el rostro con el pañuelo.)
ENRIQUET. (¡Cuánto sufre!)
(Contemplando la actitud de Carlota.)
Y él, espera,
devorando su tormento,
a que yo... ¡Este es el momento!
(Se dirige hacia la ventana: mira a Carlota y se detiene un instante.)
¡No vacilo!
(Se dirige a la ventana y la abre, asomándose a ella. Carlota sigue en su actitud. Enriqueta se retira de la ventana.) (¡Si él pudiera
alcanzar!... El la ama, sí...
y ella teme verse enfrente
del porvenir, y el presente
la arredra...)
(Enriqueta se dirige puerta fondo y sale por ella apareciendo luego con Adolfo. Carlota sigue en su actitud.)

ESCENA VI

ADOLFO, CARLOTA y ENRIQUETA.

ADOLFO (Dirigiéndose a Enriqueta y en voz baja.)
Carlota...
ENRIQUET. (Señalando a Adolfo el sitio donde llora Carlota.)
Allí
sufre y maldice su estrella.
ADOLFO Carlota...
ENRIQUET. Teme e implora
y su desventura llora.
ADOLFO Déjame solo con ella.
(Enriqueta sale por el fondo. Adolfo se dirige a Carlota. Esta sigue en su actitud.)

ESCENA VII

CARLOTA y ADOLFO.

ADOLFO ¡Carlota! (Poniéndose al lado suyo. Carlota levanta la cabeza al oirle.)

CARLOTA ¿Qué? (Reconociéndole.)
¡Adolfo!
ADOLFO ¡Sí!
CARLOTA ¡Sal! (Movimiento negativo en Adolfo.)
¿No sabes?...
ADOLFO Lo sé todo.
CARLOTA Entonces, ¿a qué has venido?
ADOLFO ¡Por que te quiero amparar;
porque yo no puedo estar
sin ti! ¡porque no te olvido!...
¡y nuestro amor recordando,
a prestarte apoyo vengo!
CARLOTA ¿Apoyo, Adolfo?... ¡Ya tengo
el apoyo de Fernando!
ADOLFO ¡Fernando!
CARLOTA Su honor me escuda.
Si con él puedo contar,
¿para qué he de reclamar
otro amparo, ni otra ayuda?
Y ahora...
(Señalando a Adolfo la puerta del fondo.)
ADOLFO ¿Qué dices, cruel?
¿Y así tu desdén me inmola?
CARLOTA ¡Adolfo, déjame sola!
¡déjame sola con él!
ADOLFO ¡Carlota!
CARLOTA ¡Adolfo, por Dios!
ADOLFO ¿Qué dices?
CARLOTA ¡No esperes nada
de esta mujer desgraciada!
Todo acabó entre los dos!
ADOLFO ¿Pero esto es fiebre o delirio?
(Con desesperación.)
¿Tú quieres que yo me ausente
de tu lado?
CARLOTA ¡Sé clemente!
¡No goces en mi martirio!
ADOLFO ¡Tu martirio!... ¡Y la traidora
aun pronuncia esa palabra!
¡Ve que mi desdicha labra

y aun suplica, y aun implora!
¿Sabes qué pides?

CARLOTA — Sí.

ADOLFO — ¿Qué?
¿Ni de disculparte tratas,
cruel? Digo que me matas,
y respondes: «¡Ya lo sé!»

CARLOTA — A Fernando he prometido
ser honrada: no forjemos
los dos su vergüenza. Demos
nuestra pasión al olvido.

ADOLFO — ¡Olvidarme!... ¿Y tú creíste
que yo lo iba a consentir?
¡No: primero he de cumplir
lo que amante prometiste
un día, para robarme
con el cerco de tus brazos
de los paternales lazos!
¡Tú no puedes olvidarme
nunca! ¡A seguirme te obliga,
algo más que tus promesas
de amor eterno, porque esas
mienten! ¡Algo que nos liga,
y que tú no romperás!

CARLOTA — ¡Sí, que lo exige el reposo
de mi Fernando! ¡Es forzoso
olvidarnos!

ADOLFO — ¡No lo harás!

CARLOTA — ¡Sí!

ADOLFO — ¡No!

CARLOTA — De amarte me eximen
mis deberes.

ADOLFO — ¡Insensata!
¡Si ya de amor no se trata!
¡Si quien nos une es el crimen!

CARLOTA — ¡El crimen!

ADOLFO — ¿Es que su nombre
temes? ¿Y me hablas de olvidos?
¡Quedamos por siempre unidos
frente al cadáver de un hombre!
¡Te estorbaba y le maté!

CARLOTA — ¡Adolfo, calla! (Con temor.)

ADOLFO — ¡No! ¡Advierte,
que lo hice por complacerte!...
Por no perderte, ¿qué haré?
Para enlazarnos se eleva
altar horrible y sangriento.
¡Nos junta el remordimiento!...
¡el delito! ¡Y ahora prueba
a romper los eslabones
de esa cadena que unida
tiene tu vida a mi vida!
¡Mira si encuentras razones
que te ayuden!

CARLOTA — Tu piedad,
mis angustias, mi dolor,
mi desventura, mi amor
y tu propia dignidad.
¿Tú burlando su cuidado
ofenderle?... ¿Tú afrentarle?...
¿Tú herirle?... ¿Tú deshonrarle,
a él que vive confiado
en tu cariño quizás?
¿Y así tu pasión le infama?
¿Nada te importa su fama?

ADOLFO — Tú me importas mucho más,
y ¡ay, si él se quiere oponer
a nuestro paso! ¡ay, si intenta
pedir a mi afecto cuenta!
¡ay, si pretende romper
con sus brazos mi pasión!

CARLOTA — ¡Calla, Adolfo! ¡Yo lo exijo!
Le amenazas...

ADOLFO — ¿Y tú?...

CARLOTA — ¡Es mi hijo!

ADOLFO — ¡Es verdad; tienes razón;
tú le amas y eso le ampara!
¡y yo te amo, te amo tanto!...
que a trueque de mi quebranto
tu decisión aceptara
si sólo llegase a mí
el golpe; pero no puedo
obedecerte; no cedo

porque se trata de ti.

CARLOTA ¿De mí?

ADOLFO ¡De tu vida entera:
de tu ventura!

CARLOTA ¡No acabes!
¿Qué importa mi dicha?

ADOLFO ¿Sabes
lo que a su lado te espera?

(Ademán afirmativo de Carlota.)

¡Oh, no! ¡Carlota! ¡Imposible!
¿Podrás tú en calma sufrir
tan sombrío porvenir?

CARLOTA ¿Por qué no?

ADOLFO ¡Por que es horrible!
¡Vivir triste y sepultada
por necio y extraño modo,
y habiéndolo sido todo
resignarse a no ser nada!
¡Trocar el galante imperio
que te brinda la hermosura,
por la perenne tortura
de un amargo cautiverio!
¡Reñir perpetua batalla
con el afán que te hiera!
Gritar al deseo:—«¡Espera!»—
decir a la pasión:—«¡Calla!»—
A un tiempo ser y no ser,
llevando sobre la frente
las angustias del presente
y los goces del ayer...
es abrumadora cruz
para quien lleva fundida
en la sangre tanta vida
y en los ojos tanta luz.

CARLOTA ¡Todo por él! (Con decisión.)

ADOLFO (¡Y aun resiste!)

CARLOTA No me quieras engañar;
no me pretendas recordar
lo que para mí no existe.

ADOLFO ¿Y vas a aceptar su amor
y a estar a su lado?

CARLOTA Sí,
para consolarle.

ADOLFO Di
para matarle mejor;
para hundirle en el abismo
horrible de tu pasado.

CARLOTA ¡Oh!

ADOLFO Quien te lleva a su lado
no es tu amor, es tu egoísmo.

CARLOTA ¡Dios mío!... No, no te atrevas
a imaginar...

ADOLFO ¿Sabes, cuando
vas en busca de Fernando,
lo que contigo le llevas?
¡La deshonra!

CARLOTA ¡No! ¡Imposible!
¿Qué pretendes suponer?
¿Que yo le puedo ofender?

ADOLFO Eso dije.

CARLOTA ¡Fuera horrible!
¡No es cierto!

ADOLFO Cuando a su lado
te miran cruzar, el mundo
dirá con desdén profundo:
«¡Es el hijo del pecado,
engendrado con rubor!
¡La viviente soldadura
de una imprevista aventura!
¡El frutó del deshonor!»

CARLOTA ¡Oh, no sigas! ¡Ten piedad
de mis angustias! ¿Así
ha de obrar el mundo?

ADOLFO Sí.
Lo que te dije es verdad.
Y ahora entrégame a tus sañas.
¡Consuma mi sacrificio!
¡Vete a forjar el suplicio
del hijo de tus entrañas!
¡Reclama su protección!
¡Oprímele con tus brazos!
¡Rompe su honor en pedazos!...
¡Desgarra su corazón!

De su infamia pregonera,
di: «Es hijo mío», y más tarde,
cuando el desdén le acobarde,
cuando la infamia le hiera,
cuando caiga en tierra...

CARLOTA (Aterrorizada.) ¡No!

ADOLFO Entonces exclama: «¡Es cierto!
¡Es verdad que mi hijo ha muerto;
pero le he matado yo!»

CARLOTA ¡Yo condenarle a sufrir
mi vergüenza! ¡Yo afrentarle!
¡Oh, nunca! Quiero salvarle.

ADOLFO Sólo hay un remedio. ¡Huir!

CARLOTA ¡Huir!

ADOLFO Huir a lugar
solitario y escondido,
donde, oculto en el olvido,
pueda tu nombre quedar.

CARLOTA Tienes razón. Mi presencia
es una infamia.

ADOLFO (Con alegría.) (¡Al fin consiente!)

CARLOTA ¡No arrojemos en su frente
las manchas de mi conciencia!
El mundo, en su odio profundo,
no halla de perdonar modo...
Pues bien: démoselo todo.
¡Sí, lo que es del mundo, al mundo!
¡Oh, sí!

ADOLFO Esta noche será.

CARLOTA Borremos la triste huella
de mi desventura.

ESCENA VIII

Dichos y FERNANDO por el fondo. Durante la escena anterior ha ido disminuyendo la luz de tal modo, que al llegar Fernando aparece la escena iluminada por las últimas tintas del crepúsculo. La situación de los actores es la siguiente: Carlota y Adolfo, dando la espalda a la puerta del fondo, donde se detendrá Fernando.

FERNANDO (Fijándose en el grupo que forman Carlota y Adolfo.) (¡Es ella!

¿Pero quién con ella está?) (Poniendo atención, como si quisiera reconocer a Adolfo.)
(La opaca luz de la tarde
impide ver...)

ADOLFO ¿No merezco
tu cariño?... En mí te ofrezco
quien te ayude y quien te guarde.

FERNANDO (¿Qué dicen? ¿Quién es ese hombre?
¡Adolfo!)

CARLOTA ¡Terrible lucha,
Adolfo!

FERNANDO (¿Y ella le escucha?
¿Y ella pronuncia su nombre?
¿Por qué le habla? ¿Qué hay allí
que me espanta?)

ADOLFO ¿Qué dudamos?

CARLOTA Sí, tienes razón. Huyamos
lejos, muy lejos de aquí.

FERNANDO (¡Cómo! ¡El infame!)

CARLOTA ¿Y Fernando?

ADOLFO ¿Quién?... ¿El? Tu vista soporta
con despego y con rubor;
si le abandonas, mejor.

(Fernando, que ha ido avanzando lentamente sin que le vieran Adolfo ni Carlota, se presenta delante de ellos.)

FERNANDO ¿Verdad? ¿Lo demás qué importa?

ADOLFO ¡Fernando!

FERNANDO Está convenido.
Yo consiento, ya lo veis.

CARLOTA No pienses que... (Como si quisiera defenderse.)

FERNANDO No negueis,
porque todo lo he oído.

ADOLFO ¿Tú?

FERNANDO Sí, desde allí os veía.
Conque no pienses mentir,
porque eso sería unir
al crimen la cobardía.

ADOLFO ¡Que me insultas! (Con tono amenazador.)

FERNANDO ¿Que te insulto?

ADOLFO ¡Sí!

FERNANDO ¿Por que tengo coraje

para condenar tu ultraje,
te insulto? ¿Por que no oculto
mis iras, ni puedo ver
en calma tu villanía,
te insulto? ¡Bueno sería
que enfrente de esa mujer,
que haciendo pedazos su honra
al ofenderse me ofende,
y de un hombre que se vende
por amigo y me deshonra,
yo no levantase el grito,
ni con valor me encontrara
para arrojarles en cara
mi rencor y su delito.

CARLOTA ¡Fernando!

FERNANDO (A Adolfo.) ¿Sientes agravios
por lo que digo? Lo sé.
Pero yo, ¿qué sentiré
cuando he visto por tus labios,
como de impura corriente,
salir frases en montón,
cieno de tu corazón
que me manchaba la frente?
¿Cuando escuchar he podido,
con qué cínica alegría
concertabas mi agonía?
¡Y aun te das por ofendido,
y ella suplica llorosa
en tu defensa?... ¡Estás loco!
¡Lo dicho es poco, muy poco:
yo necesito otra cosa!

ADOLFO ¿Mi vida?... Pues la tendrás,
y la tendrás en seguida.

FERNANDO Eso deseo, tu vida...
pero antes quiero algo más.
No me basta la sangrienta
huella que imprime el acero.

ADOLFO ¿Qué quieres?

CARLOTA ¡Fernando!

FERNANDO Quiero...
¡Quiero afrenta por afrenta!

¡Aquí y aquí! (Señalando al corazón y al rostro.) Bien lo ves:
me heriste con mano audaz...
(Abofetea a Adolfo.)
¡Ahora te hiero en la faz!
¡En el corazón después!

ESCENA IX

FERNANDO, ADOLFO, CARLOTA, ENRIQUE por el foro. Enrique, que ha aparecido momentos antes de que Fernando abofetea a Adolfo, corre a interponerse entre los dos.

CARLOTA ¡Oh! (Asustada retrocede.)

ADOLFO ¡Miserable! (Tratando de dirigirse a Fernando, mientras Enrique le sujeta.)

ENRIQUE ¡Fernando!
¿Qué es esto?

FERNANDO ¿No se te alcanza?
¡Que comienza mi venganza!
¡Que mi destino afrontando
abrió otro cauce a mis males,
que está como yo ultrajado
y como yo deshonrado!
¡Que los dos somos iguales
en vergüenza y en pasión...
y que en muy breve jornada,
con espada contra espada
y razón contra razón,
daré a esa infamia castigo!
(Adolfo procura desasirse de Enrique: éste le sujeta.)

ADOLFO ¡De tu sangre estoy sediento!

FERNANDO Mientras llega ese momento...
¡tú, con él!
(A Enrique. Carlota quiere dirigirse a Adolfo en actitud de súplica. Fernando la sujeta por el brazo, diciéndole:) ¡y usted conmigo!

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO